

Reseña

Culturas e Identidades en la Globalización

Título: Cuestión étnica, culturas, construcción de identidades.

Autor: Eduardo A. Sandoval Forero y Manuel Antonio Baeza (coordinadores).

Edición: Universidad Autónoma Indígena de México, Asociación Latinoamericana de Sociología y Ediciones El Caracol.

Número de páginas: 327.

Año: 2004.

El libro *Cuestión étnica, culturas, construcción de identidades*, coordinado por Eduardo Andrés Sandoval Forero y Manuel Antonio Baeza, es una valiosa y atinada compilación de doce ensayos, de diversos autores, que analizan temáticas de gran interés y actualidad en América Latina.

Un fantasma recorre la mayoría de los artículos de este excelente libro: el fantasma de la globalización. “Tenemos conciencia de que vivimos un cambio de época”, dice Baeza. Pero no es del todo claro en qué consiste este cambio que tiende a representarse con el término globalización. Aunque tampoco hay unanimidad sobre la noción misma de globalización; incluso algunos prefieren usar la palabra mundialización. ¿Qué es lo específico de esta nueva época? Y, particularmente, ¿cuáles son las transformaciones significativas en la dimensión cultural, en los imaginarios sociales, en las identificaciones de las personas y de las colectividades, en las relaciones sociales? Los trabajos compilados en este libro constituyen esfuerzos muy importantes de reflexión e interpretación de estos fenómenos socioculturales desde distintos enfoques teóricos.

Patricia Gascón centra la reflexión sobre la globalización en una de sus manifestaciones: las innovaciones tecnológicas en materia de comunicación y los cambios que han suscitado en las nociones de espacio y de tiempo. En su opinión, las nuevas tecnologías han originado, por un lado, el achicamiento del espacio y las sensaciones de simultaneidad y virtualidad; por otro, el tiempo parece más fluido,

acelerado y descentrado. Como resultado de estas nuevas percepciones del tiempo y del espacio, dice Gascón, las relaciones sociales han entrado en un proceso de desterritorialización y de “pérdida de sentido del espacio” y de lo local (p. 42 y 43); asimismo, la noción de tiempo, que es la de la globalización, favorece el presentismo de los teóricos de la posmodernidad y explica la esencia de sus supuestos: la pérdida de sentido de la historia, del compromiso y de la política (o, como apunta la autora, de un proyecto de futuro). La combinación de los supuestos de la globalidad y la posmodernidad, concluye Gascón, conforman la nueva cultura cosmopolita, pretendida universal y atemporal (p. 52).

Como se sabe, las ideas que sostienen los posmodernos han sido objeto de intensos debates. Ciertamente, las nociones de tiempo y de espacio están cambiando, pero no esencialmente en el sentido que suponen los posmodernos. Creo, como señala Augé, que lo nuevo en la percepción del tiempo no es la pérdida de sentido (como afirman los posmodernos), sino la “superabundancia” de sentido. En la nueva era se “amplían la memoria colectiva, genealógica e histórica, y multiplican las ocasiones en las que cada individuo puede tener la sensación de que su historia atraviesa la Historia y que ésta concierne a aquella”.¹ Esta percepción del tiempo (y de la historia) hace posible e incluso necesario el compromiso político y la construcción de proyectos contrahegemónicos. En realidad, las ideas de los posmodernos pueden entenderse como el sustento ideológico del capital global; congelar el presente, clausurar la historia y cerrar toda oportunidad de cambio y de resistencia al poder hegemónico del capital. (El capital, por cierto, no es atemporal y un no-lugar; tienen bases nacionales-estatales y un tiempo histórico.) Por otra parte, la supuesta pérdida del sentido del espacio puede funcionar en el ciberespacio, pero vivimos en un mundo real en el que, como lo muestran varios trabajos de esta compilación, el espacio y sus distintas escalas (local, nacional, global, etcétera) lejos de haber perdido sentido están adquiriendo nuevos significados.

Manuel Antonio Baeza centra su investigación en uno de los rasgos que él considera, entre otros, como característico de la globalización:

¹ Augé, Marc (1998), *Los no lugares Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*, Barcelona: Gedisa, p. 35-36.

la homogeneización cultural o mundialización creciente de un estilo de vida occidental (p. 17). Advierte en el consumismo un aspecto distintivo de la cultura occidental contemporánea y el medio por el cual se tiende a homogeneizar los distintos estilos de vida. Encuentra en la teoría de los imaginarios sociales la clave para interpretar el fenómeno del consumismo en Chile. Desde este enfoque, Baeza piensa que, en la actualidad, “el cambio fundamental reside en los imaginarios sociales, o sea en la figura socio-imaginaria principal de construcción de la realidad social”, donde “el nuevo núcleo central o imaginario radical [...] se estructura en torno a la idea de *aprovechar el presente*” (pp. 25 y 27). Se trata, sostiene Baeza, de un nuevo imaginario social posmoderno, cuya actitud es “afín al consumismo”, ya que “para el imaginario postmoderno el tiempo presente es vivido como un eterno presente, lo que equivale a decir que el futuro pierde relevancia [...] pero este presentismo privilegia el goce, lo lúdico, las relaciones sociales de tipo proxémico (o sea al margen de las antiguas comunidades de destino), y principalmente la apariencia” (p. 30). A ello agrega otro factor que podría influir en la configuración de un imaginario social consumista: la relación entre las aspiraciones y la actual disponibilidad de bienes (p. 30).

Baeza sostiene que superada la crisis económica y consolidados los cambios económicos en el decenio de 1980, se crearon en Chile las “*condiciones psico-socio-culturales*”, esto es, el cambio de imaginario social para el consumo desenfrenado. Y encuentra en los centros comerciales (*malls*) una de las manifestaciones de “*los encantos del consumo*” y del “*nuevo protagonismo del consumo*” en Chile, los cuales se han convertido “en lugar de paseo dominguero” de las familias urbanas (p. 31).

Emilia Bermúdez también aborda el tema del consumo en la era de la globalización, pero como consumo cultural (a diferencia de Baeza, que analiza más bien la cultura del consumo), lo que la autora define “como un proceso en el que los actores sociales se apropian y hacen circular los objetos, atendiendo al valor simbólico que le han asignado; a través de este valor simbólico interactúan, resignifican y asignan sentido a sus relaciones, además de construir sus identidades y diferencias” (p. 59). A partir de esta concepción del consumo cultural y de la teoría de las identidades colectivas como representaciones sociales, Bermúdez intenta ubicar las identidades juveniles en la globalización. En este contexto, dice la autora, los jóvenes “construyen

sus experiencias de vida mediadas, cada vez más, por el consumo de símbolos globales provenientes de diversos lugares y sometidos a una fugaz permanencia” (p. 63); y, en este proceso, “el valor simbólico de los objetos se convierte en el principal elemento de identificación [...] de nuevas formas de construcción simbólica de la sociedad y de conformar sus identidades como jóvenes” (p. 64). En suma, en su opinión, “las distintas maneras en que ellos construyen sus representaciones del ‘ser joven’” son creadas a través de los símbolos, prácticas y espacios de consumo (p. 65).

Considera que los centros comerciales (*malls*) se han convertido en los espacios de construcción simbólica de las identidades; más aún, afirma que “los *malls* han ido desplazando los espacios tradicionales de construcción de las identidades juveniles, y que el consumo cultural o simbólico de los objetos ha pasado a ser el proceso principal de conformación simbólica de las identidades juveniles”, particularmente en Maracaibo, Venezuela, en donde lleva a cabo sus observaciones. En ese proceso de configuración de las identidades juveniles, señala Bermúdez, los referentes de la familia, la escuela, la comunidad, el entorno próximo, esto es, “los viejos cuadros de socialización”, pierden eficacia, y, agrega que ya no tienen que ver “con ideologías políticas o de clase” (pp. 73 y 76).

Quisiera hacer algunos comentarios al respecto: 1) El enfoque teórico asumido por la autora para interpretar las identidades juveniles en “el contexto de globalización”, así como sus conclusiones, se contradicen con el punto de vista de los jóvenes entrevistados. Lejos de confirmar que los *malls* son para ellos “territorios simbólicos” o los espacios de configuración de sus identidades, indicaron las dificultades para apropiarse de esos espacios privados. Un grupo de jóvenes *skater* (que asisten a los *malls* a patinar) dijo: “Se requiere un ‘skater’ en [la ciudad de] Maracaibo porque nos sacan de los centros comerciales [*malls*], de las plazas, porque las maltratamos, pero, ¿por qué? Porque tenemos escasas partes donde patinar, los centros comerciales es lo único que tenemos aquí para patinar. Se requiere un *skater*” (p. 70).

Otro grupo de jóvenes, los llamados “rockeros”, comentó que el personal de seguridad de los *malls*: “siempre nos sacan porque somos así (...) Por nuestra forma de vestir (...) él era menor de edad cuando lo golpearon una vez, eso es ignorancia (...) si yo vengo en franelilla no

me dejan entrar porque soy yo, pero si viene otro así, que sea pavo, entonces sí lo dejan entrar”, “(...) es que nosotros nunca la mayoría de las veces nunca estamos adentro, siempre estamos afuera” (p. 70-71).

En realidad, estos jóvenes (como podría ser el caso de la mayoría de los jóvenes en América Latina) están señalando (están dando señales de) la falta de otros espacios en donde puedan encontrarse y convivir con personas de su misma edad y realizar las actividades de esparcimiento de su elección y agrado. Esto está implicando la falta de programas y de políticas públicas que tomen en cuenta las necesidades y aspiraciones culturales, deportivas, de entretenimiento, etc., de los jóvenes. Y si el *mall* es uno de los pocos espacios de reunión para determinadas actividades, no quiere decir que éstos sean el eje central de su identificación y diferenciación.

2) En relación con lo anterior, Bermúdez mantiene la tesis de que en la globalización las identidades se configuran a través del consumo de objetos y símbolos globalizados y que los referentes de la familia, la escuela, la comunidad, el entorno próximo, esto es, “los viejos cuadros de socialización”, pierden eficacia. Me pregunto, cómo podríamos realmente comprender lo que es significativo para los jóvenes (más bien para la diversidad de jóvenes, pues resulta difícil, sociológicamente hablando, considerarlos como un conjunto homogéneo) y cómo explicar los procesos que influyen en la configuración simbólica de sus identidades, si sus referentes básicos (aún en la era de la globalización), como son la familia, la escuela, el trabajo, el entorno social, local, nacional, etcétera, son sustituidos por el consumo de objetos y símbolos globalizados. Es decir, cómo explicar la lengua y el modo en que hablan, la manera en que piensan, perciben y sienten o cómo se representan a sí mismo y entre sí, si se reducen sus identificaciones y diferenciaciones a través del consumo.

No quiero decir que el consumo no sea un aspecto importante en las sociedades contemporáneas (más aún, el capital global pretende ejercer su poder a través del medio económico del mercado), pero limitar las relaciones sociales, los procesos de identificación, las referencias imaginarias e imaginadas de las personas y colectividades al consumo, me parece que corremos el peligro de reducir la realidad social a una de sus múltiples dimensiones.

3) Por lo demás, resulta difícil explicar o interpretar los procesos que están llevando a cabo diversos sectores sociales, como por ejemplo

los pueblos indígenas, si partiéramos de la tesis de Bermúdez sobre las identidades. Para ella, las identidades “ya no se construyen en relación con los referentes tradicionales de tiempo cronológico y memoria histórica, espacio territorial delimitado y experiencias de vida como comunidad” (p. 63). Patricia Gascón, como vimos, también sostiene que las relaciones sociales han entrado en un proceso de desterritorialización y de “pérdida de sentido del espacio” y de lo local. Al respecto, creo que habría que considerar diferentes procesos de construcción de identidades en la era actual, ya que si hay algo nuevo en los diversos movimientos sociales en América Latina, y no sólo en los encabezados por los pueblos indígenas, es su territorialización, es decir, “su arraigo en espacios físicos recuperados o conquistados”. En el caso de los jóvenes estudiados por Bermúdez es posible que ellos intenten apropiarse del espacio de los *malls*, aunque esto supondría la modificación de las reglas o normas que rigen en los *malls* (que son las de los propietarios privados), pero, de lograrlo, estaríamos hablando de una territorialidad distinta.

La mayoría de los ensayos de este libro nos revela precisamente los modos en que diversos grupos (re)construyen sus identidades colectivas a partir de la memoria histórica (que puede ser imaginada, reconstruida y, en algunos casos, inventada), de la resignificación del territorio y de las experiencias de vida colectiva. Patricia Moreno, por ejemplo, nos habla de la historia de los negros mascogos/seminoles, un “pequeño grupo afroamericano-mexicano”, con sistema de identificaciones muy complejo. No obstante, la autora va destejendo, para hacernos comprensible, los procesos de construcción-deconstrucción de sus identidades, del papel de las mujeres en la reproducción sociocultural del grupo, las identidades entrecruzadas o entreveradas; expone algunos de los símbolos, costumbres y discursos que los identifican entre sí, a los que viven en México y en Estados Unidos, y también lo que ellos consideran que los hace diferentes a otros.

Por último, quisiera mencionar el ensayo de Sandoval Forero, el cual se centra en la mundialización de la economía capitalista, mediante el examen de los objetivos del Plan Puebla Panamá. El PPP y el ALCA son parte del proceso de integración de América Latina a la lógica del capital global bajo la hegemonía de Estados Unidos. Este trabajo muestra que la globalización es más que una revolución tecnológica, que la mundialización de los mercados y el fomento de

una cultura consumista es también el acceso del capital a recursos naturales locales: minerales, metales, maderas, carbón, petróleo. Aunque esto no es nuevo. Lo novedoso consiste en la búsqueda por parte de corporaciones y consorcios bancarios de la capitalización de espacios ambientales o ecosistemas de alcance mundial, en los que se concentra una gran diversidad de especies y genes y sistemas productivos y de conocimiento de gran interés para la industria de punta. Como operadores de estos nuevos intereses, los promotores del PPP y del CBM, en su mayoría miembros de la comunidad financiera regional e internacional, buscan influir en la política ambiental de los Estados de la región con el fin de proporcionar condiciones atractivas para la inversión de capital en actividades productivas, de bienes y servicios ambientales.

El afán de conectar a los países de la región con el comercio global está conduciendo a una mayor alteración de las características básicas de los ecosistemas o espacios ambientales y socioculturales particulares. Así, en ese proceso, los pueblos indígenas y las comunidades locales que dependen de sus territorios y ecosistemas para su reproducción social y cultural están siendo las principales víctimas de los cambios económicos y políticos orientados a favorecer los intereses particulares de las corporaciones multinacionales. Pero también la diversidad biológica y natural resulta seriamente afectada.

Sandoval Forero también aborda la resistencia organizada de diversos sectores sociales de la región, entre los que sobresalen los pueblos indígenas, en contra del PPP. En ese proceso, los pueblos indígenas (que son los principales afectados) están afirmando sus identidades, resignificando sus espacios y empoderándose de sus territorios, desde una perspectiva innovadora.

En fin, no puedo extenderme más. Sólo me queda felicitar a todos los autores que contribuyeron a la realización de esta compilación.

Consuelo Sánchez . Profesora de la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Obras recientes: *Los pueblos indígenas. Del indigenismo a la autonomía*, México: Siglo XXI Editores, 1999; y *México diverso. El debate por la autonomía*, México: Siglo XXI Editores, 2002.